

Recensiones

ARANDA, Antonio, *El hecho teológico y pastoral del Opus Dei. Una indagación en las fuentes fundacionales* (Eunsa, Pamplona 2020). 369 pp. ISBN: 978-84-313-3492-5

Si, como ha recordado la Carta *Iuvenescit Ecclesia*, citando a san Juan Pablo II, “no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la *dimensión institucional* y la *dimensión carismática* (...) Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo” (IE 10), se comprende que la pregunta por lo específico de cada carisma no solo sea pertinente, sino máximamente necesaria. No se trata con ello de manifestar las ventajas de lo propio sino, tan solo, expresar el motivo de la propia existencia y lo que debe esperarse de su contribución a la misión de la Iglesia. La certeza de esta necesidad está en la base del libro que ahora se comenta. El Autor, en efecto, afirma buscar que el Opus Dei, en tanto fenómeno teológico y pastoral, sea conocido en su especificidad, entendiendo que este mejor conocimiento, permitirá vivir mejor la *communio* entre todos los miembros de la Iglesia (cf. pp. 15 y 25). Por ello, los destinatarios principales son aquellos que no participan de este carisma y desempeñan su función eclesial en distintos ámbitos y desde otros caminos legítimos y fecundos.

Ahora bien, la presentación del “fenómeno” Opus Dei exige tomar al menos tres opciones previas: los contenidos que se quieren ilustrar, las fuentes de las que se parte y la estructura narrativa que consienta al lector hacerse una idea cabal de lo presentado.

Por cuanto respecta al contenido, el Autor es firme a la hora de enunciar su pretensión: presentar cuanto el fundador de la institución (san Josemaría Escrivá de Balaguer, 1902-1975) consideraba “puntos capitales” y “características esenciales” (cf. p. 23). Se comprende así la elección de las fuentes pertinentes para la elaboración de esta monografía y la perspectiva adoptada: los escritos del fundador en cuanto referidos explícitamente a los núcleos por él considerados “fundacionales”, entendiendo este término como sinónimo de “permanentes” y de “descriptivos de elementos esenciales”. Para lograrlo, estructura el libro en cuatro capítulos con no pocas subdivisiones y, en ocasiones, con temas que, incoados en uno de ellos, se afrontan desde un ángulo complementario en otro y se terminan de desarrollar en un tercero. Se trata de algo que fatiga al lector, pero también de algo probablemente muy difícil de evitar cuando se trata de presentar una realidad rica y compleja.

Sin duda, la pretensión del Autor merece los calificativos de laudable y ambiciosa. Laudable por *buscar entender* un carisma cuya trascendencia en la historia reciente de la Iglesia es conocida, poniendo su competencia teológica al servicio de hacerlo más inteligible; ambiciosa, porque ofrecer “una” indagación sobre un *corpus*

literario tan amplio como son los escritos de san Josemaría y presentar “unos” resultados sistemáticos, ha debido suponer al profesor Aranda no pocas horas de paciente estudio. Los entrecomillados quieren subrayar el carácter de propuesta personal, de lectura propia que el Autor es consciente de estar ofreciendo. Se sabe, en este caso, teólogo y no portavoz institucional, ofreciendo una posible interpretación del Opus Dei como hecho teológico y pastoral, susceptible de ser dialogada y valorada a la luz de las mismas fuentes que él cita y de otras, quizás también pertinentes.

Por todo ello, no discurrirá esta Recensión por las sendas de la descripción detallada del contenido, sino por la del diálogo con cuanto, como lector, he encontrado relevante. Considero al respecto que, para hacer justicia a esta monografía, resulta necesario ahondar en cinco cuestiones capitales. Son las siguientes: (i) la personalidad científica del Autor; (ii) el momento de la historia de la reflexión sobre el Opus Dei en que se escribe esta monografía; (iii) las dificultades para estudiar teológicamente un fenómeno de origen carismático y las opciones tomadas para realizarlo; (iv) el tratamiento que realiza de algunas cuestiones particularmente acuciantes de clarificación a la luz de la pretensión de hacer comprensible el Opus Dei en el contexto teológico y eclesial presente; y (v) algunos enfoques cuya ausencia se hace notar en el resultado final.

Yendo a la primera de las cuestiones apuntadas, no tendría sentido querer presentar aquí la trayectoria intelectual completa del profesor Aranda. Para nuestro propósito basta señalar que, en su docencia e investigación, ha pasado de unos inicios en el campo de la teología sistemática a una posterior dedicación a la teología espiritual. En este último ámbito, resulta particularmente relevante su propia comprensión de la “teología de la santidad”. Además, Aranda se ha ocupado teológicamente de san Josemaría, recolectando sus escritos principales al respecto en una obra publicada en el año 2000 (*El bullir de la sangre de Cristo*, ediciones Rialp). Por último, ha sido el responsable de la edición crítico-histórica de dos de las obras del fundador del Opus Dei —*Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*—; a él se deben también los extensísimos comentarios que, como notas a pie de página, acompañan estas ediciones (ediciones bajo la dirección del *Istituto Storico San Josemaría Escrivá* y publicadas por Rialp respectivamente en los años 2013 y 2019).

Considero que estas breves referencias avalan, de entrada, la competencia del Autor para llevar a cabo su propósito y obligan a tomar en serio “su” indagación y “su” descripción del Opus Dei. Las publicaciones referidas le constituyen, indudablemente, en una *auctoritas* en la materia.

Presentado el Autor, vayamos ahora a la realidad sobre la que se quiere reflexionar, el Opus Dei, y el momento histórico en que enmarca esta reflexión. Si como repitió en ocasiones su fundador —haciéndose en esto eco de una experiencia eclesial comúnmente compartida—, primero viene la vida, luego la norma y después la teología (cf. p. 116), podría decirse que se está en un momento particularmente oportuno para la reflexión teológica. Como institución, se aproxima tanto a su primer centenario (en 2028) como al cincuentenario del fallecimiento del fundador (en 2025). Ambas efemé-

rides hablan de una vida, si bien todavía pequeña para una institución, sí suficiente para reflexionar sobre ella teológicamente. Además, desde 1982 ha encontrado en su configuración canónica como prelatura personal y asociación sacerdotal intrínsecamente unida a ella, una manera adecuada de traducir al lenguaje jurídico su propia realidad carismática. Estaríamos, pues, en el momento de la reflexión teológica, y el profesor Aranda es uno de los que se han aprestado a cumplir esta tarea.

No conviene, sin embargo, olvidar que estaríamos en uno de los *primeros momentos* de reflexión teológica, que están sucediendo en contemporáneo a otros procesos estrechamente relacionados. Me refiero en concreto a la publicación de las obras completas del fundador. Mientras éstas no estén publicadas, la reflexión teológica o será incompleta o será fruto de un privilegio especial: el de consultar lo para otros inaccesible. En efecto, la obra que ahora se comenta ha sido posible por un acceso inmediato a fuentes todavía de difícil acceso para la comunidad científica. “Su” lectura y “su” presentación del Opus Dei solo puede, por tanto, ser valorada y comentada a partir de la información por él ofrecida, con la esperanza de que haya seleccionado bien los textos, no omitido ninguno relevante y de que, extraídos del contexto general del escrito del que se toman, no haya perdido matices quizás significativos para otro teólogo. Se trata de una dificultad seria, al menos a los ojos de un historiador que, sin quitar nada de valor a la obra presentada, sí se lo quita al diálogo que pueda establecerse con ella.

En cualquier caso y a pesar de las dificultades señaladas, considero que puede establecerse un diálogo fecundo, en primer lugar, sobre las dificultades que supone una indagación sobre un fenómeno complejo y manifestado en diversos escenarios como es el de la irrupción de un nuevo carisma en la vida de la Iglesia.

En efecto, la primera dificultad es la de saber “levantar acta” de las encontradas por el mismo fundador para expresar con palabras adecuadas lo que entiende que Dios le comunica. Se trata de un fenómeno bien conocido por la teología espiritual, y explica la importancia del recurso a imágenes, descripciones y distinciones respecto a lo ya existente como vehículos de expresión de lo novedoso; de todo ello se sirvió san Josemaría. Luego están las categorías teológicas conocidas por el fundador, fruto probablemente del contexto en el que se desarrolló su formación (un seminario español del primer tercio del siglo XX), que considera útiles para expresar lo que percibe, a veces forzando un poco su sentido originario e incluso yendo más allá (el Autor señala, por ejemplo, el recurso a la categoría de “corredención”). A lo que habría que añadir el carácter progresivo de la inteligencia de lo recibido en el alma del mismo fundador, algo de lo que las fuentes citadas por el Autor dan cumplida referencia. Es de justicia reconocer que el profesor Aranda resuelve con soltura y sin simplificaciones esta primera dificultad, lo que debe considerarse uno de los grandes méritos de esta obra.

La segunda gran dificultad es específica del quehacer teológico cuando afronta la tarea de reflexionar sobre un carisma. Me refiero, adoptando ahora la conocida terminología de Congar, a la necesidad de mantenerse en los márgenes de la teología *espiritual*, evitando caer en la denominada *del fervor cristiano* (entiéndase, según el

maestro dominico, “la teología puesta enteramente al servicio de una devoción, no solo para ilustrarla, sino para fomentarla”). Se trata, en efecto, no de “revestir” de categorías teológicas una realidad particularmente querida para darle una legitimidad racional, sino de captar con la luz propia del método teológico, el modo en que una gracia inmerecida de Dios (un carisma) se ha abierto paso a través de la conciencia del fundador y ha dado lugar a un fenómeno pastoral, sobre el que, en efecto, se puede establecer un discurso con las características propias de la racionalidad teológica.

Para superar esta dificultad, el Autor ha adoptado tres presupuestos. El primero es asumir una actitud de confianza como criterio hermenéutico respecto los escritos del fundador y cuanto allí expresa. En este sentido, se acepta de entrada el modelo narrativo de un momento fundacional (el 2 de octubre de 1928) con sucesivas luces que no añaden nada, sino que llevan a tomar conciencia de lo siempre presente desde el principio, aunque no percibido desde el inicio (aquí las fechas se podrían multiplicar). La razón no se explicita, pero es clara: así explicaba las cosas el fundador. También en este sentido, y casi como consecuencia de lo anterior, se acepta como criterio hermenéutico principal la continuidad sustancial de las enseñanzas fundacionales de san Josemaría, desde 1928 hasta su fallecimiento en 1975, sin considerar necesario un estudio diacrónico de las fuentes utilizadas, como si no hubiese habido evolución relevante en los aspectos esenciales. A mi juicio, esta segunda consecuencia de la actitud de confianza inicial requeriría una demostración convincente que no se encuentra en la monografía.

El segundo presupuesto sobre el que el Autor construye su discurso teológico es el binomio común/específico, insistiendo sabiamente en que lo específico de cada carisma por fuerza es poco en comparación con el patrimonio común de la Iglesia. Por ello, se trataría, tan solo, de ver cómo el Opus Dei “colorea” todos los ámbitos de la existencia cristiana. Sin duda, se trata de un camino legítimo. Su única dificultad es si el resultado final es una explicación de dicho carisma o de toda la teología coloreada por ese carisma.

El tercer presupuesto podría ilustrarse con la evocación de dos enseñanzas de Jesús: igualmente importante es responder a la pregunta sobre el principal mandamiento de la ley (cf. Mt 22,34-40), como afirmar que no debe menospreciarse ni la última tilde de esta (cf. Mt 5,17-19). En este sentido, el lector de la obra puede sufrir un desconcierto inicial: ¿no íbamos a lo “esencial” y resulta que se habla de multitud de aspectos, características, dimensiones, facetas? Quizás esto explique la compleja estructura del libro, ya indicada al principio de este escrito. Espero que la evocación de las palabras contenidas en el Evangelio ayuden a minimizar esa posible perplejidad y a comprender el valor de cuanto el Autor se esfuerza por describir para tener una perspectiva cabal del Opus Dei.

La obra del profesor Aranda no tiene solo el mérito de haber superado las dificultades propias de un objetivo tan complejo como el pretendido. Tiene también el de haber sido capaz de iluminar teológicamente grandes cuestiones que afectan a la comprensión del Opus Dei y de su servicio en la Iglesia. Eso es lo que se buscaba

en último término. Sobre esas cuestiones me atrevo a decir que, a partir de ahora, será más fácil entablar un diálogo fecundo y constructivo con otros puntos de vista también legítimos. Señalo tres, que he considerado particularmente interesantes para el contexto eclesial presente: (i) una teología de la vocaciones específicas que explique tanto el compromiso radical que entrañan como su dependencia también radical de la vocación bautismal; (ii) una caracterización positiva de la secularidad como categoría teológica y su modo de relacionarse con otras dimensiones de la existencia cristiana; y (iii) una reflexión teológica sobre el modo adecuado de encuadrar canónicamente las novedades que los carismas introducen en la estructura de la comunidad eclesial. Se trata de un diálogo, sobre estos y otros aspectos, que exceden el propósito de estas líneas.

Al inicio de esta Recensión me proponía como último objetivo subrayar algunos enfoques que, habiéndolos echado de menos, considero que habrían enriquecido el discurso. En realidad, se trata solo de uno, que tiene que ver con la *historicidad*.

Ya he señalado que me parece que considerar los escritos del fundador como un *corpus* unitario, sin dar espacio al discurso sobre una eventual evolución en los contenidos fundamentales, necesita de una cuidadosa demostración. Hay otros dos aspectos relacionados con la dimensión histórica del carisma cuya respuesta debería encontrarse principalmente en los escritos del fundador o en la correcta interpretación de estos. El primero podría calificarse, según clásica terminología teológica, como *vía negativa*: todo lo escrito por el fundador que él no trata como específicamente fundacional, ¿no lo es? Y, en ese caso, ¿qué grado de valor tiene en la configuración permanente del *hecho pastoral* fruto del carisma? El segundo tiene que ver con la consideración sobre la historicidad realizada por el mismo fundador. Él, en efecto, hablaba de un “meollo” que permanece, mientras el resto cambia. ¿Es ese “meollo” inalterable lo que ha querido presentar el Autor? Por mi parte, no estoy en condiciones de responder ni afirmativa ni negativamente, pues no he visto que el profesor Aranda se lo haya planteado directamente.

Se trata de preguntas no solo relevantes para quienes hoy viven el carisma recibido por san Josemaría, aunque me atrevo a decir que para ellos especialmente. No en vano, la capacidad de hacer teología sobre una realidad carismática presupone el paso del tiempo, que no puede detenerse. Y que, por designio divino marcado en la ley de la creación, obliga a descubrir la gracia propia de cada etapa de la vida, marcada siempre por la fidelidad a la gracia del origen. Quizás por ello, con expresión feliz, se ha hablado de “fidelidad dinámica”.

La extensión de estas páginas testimonia por sí sola el interés de la obra recensionada y es, en sí misma, una calurosa felicitación al Autor por cuanto nos ha ofrecido. Pero es un agradecimiento y felicitación que, quien escribe, desea hacer al final de modo explícito por el servicio que ha querido prestar a la comunidad teológica y a tantas personas interesadas con la redacción de esta monografía.